

1.5 Formando dioses - RE: Deidad - El aliento de la creación

- 1.5 Formando dioses - RE: Deidad - El aliento de la creación

1.5 Formando dioses - RE:

Deidad - El aliento de la creación

“Yo no tengo miedo,” protestó Keilan.

“Por supuesto que no,” Acordé, guiándolo con la mano mientras volábamos hacia el Reino Sol. Para alguien que decía ‘no tener miedo,’ luchaba con bastante intensidad por no acercarse al Sol. Eso sin contar que podía ver claramente el temor en él, como pequeños destellos dorados danzando alrededor de su corazón.

“Madre—”

“No te preocupes, no te hará daño.”

“Madre, yo—”

“No quiero decir que no entienda tu duda,”

“Empieza a hacer demasiado calor,” se quejó, y eso me hizo detenerme un momento. Una rápida mirada confirmó que tenía razón; el sudor perlaba su frente y claramente no se sentía cómodo, y no solo por su cercanía al Sol del Reino. Con una expresión pensativa, volví la vista hacia la gran bola de fuego, reduciendo un poco mi ritmo. Keilan era un dios con poderes muy elevados. Si estuviera sentado en el centro del Sol, tal vez le haría daño, pero ¿a esta distancia? No. Incluso si permaneciera en su superficie, debería estar cómodo. El calor no debería ser un problema importante para él, a pesar de que su fuerza natural parecía oponerse a eso...

A menos que...

“Ahora, ahora, compórtate. Solo está un poco tímido, no seas cruel,” le reproché suavemente, volviendo la vista al Sol y lanzándole una pequeña mirada fulminante. Una llamarada surgió de su superficie, circundándonos antes de desvanecerse por completo. Con ella, el calor desapareció casi por completo. Keilan se relajó en mi abrazo, y le sonreí con disculpa. “Perdón, todavía es un poco instintivo.”

“¿Qué...?” preguntó, frunciendo el ceño hacia mí. En lugar de responder, solté mi brazo y flotó hacia la superficie del Sol, invitándome a seguirlo. Él resopló, molesto, pero aun así me persiguió. “Para que conste, yo no soy tímido,” protestó.

Reí, colocando una mano sobre la superficie del Sol. “No hay nada de malo en ser una persona reservada, Keilan. Y tampoco en tomarse su tiempo en asuntos como estos. Normalmente tiendo a dejarte avanzar a tu propio ritmo, descubrir lo que sucede por ti mismo, pero esto es importante. Cuando llegue tu hermana, te lo mostraré, pero... ¡es bastante emocionante!” Keilan me lanzó una mirada extraña al detenerse a mi lado. Por mi parte, me dejé absorber por la sensación del Sol; todo ese poder, hirviendo bajo mis manos, ardiente y activo. Un número inestimable de reacciones de fusión nuclear ocurriendo en todo momento, mientras una magia peculiar mantenía todo unido, haciendo posible un Sol del tamaño de éste y asegurando su inmortalidad.

Este era un sol eterno, no algo transitorio.

“¿Viene Elvira? Pensé que ella se sentía cómoda con el Sol,” admitió Keilan, señalándolo y deteniéndose justo a mi lado. Algo se agitó debajo de la superficie ardiente en respuesta, sin estar completamente consciente o despierto, pero claramente atento.

“No tanto como aparenta, o de lo contrario no tendría que mostrarle esto. Alexander fue el primero en darse cuenta, y más tarde tendré que mostrarle a Reika,” expliqué, expandiendo mi sentido divino para percibir cuándo Elvira se acercaba. En realidad, mis sentidos podían abarcar casi toda la extensión de los Cuatro Reinos—y algo en mí permanecía casi siempre atento a lo que ocurría en su interior—pero prefería mantener cierta distancia. No hay necesidad de vigilar todo con exceso todo el tiempo. Las cosas necesitan espacio, tanto como guía, para crecer.

No necesitábamos esperar mucho. Elvira atravesó el espacio a toda velocidad, con las alas batiendo frenéticamente mientras corría hacia nosotros, deteniéndose a unos pocos pies de distancia, jadeando. Miró a su hermano, asintiendo brevemente, antes de fijar sus ojos en mí.

—¿Padre, me llamaste? —preguntó, con las alas extendidas y dejando que sus plumas reflejaran la luz del sol. Parecía decidida a enterrar la certeza de su temor bajo una máscara de bravura, hasta que esa misma bravura dejara de ser máscara. Con el tiempo, probablemente habría funcionado, pues ese era justo el tipo de chica que era Elvira.

—Sí, te llamé. Que ambos pongan sus manos sobre el Sol conmigo —respondí. Lo hicieron, algo vacilantes, pero obedientes. Cerré los ojos y simplemente lo sentí, dejando que la sensación de todo aquel poder ardiendo bajo la superficie flamígera del Sol fluyera a través de mí. Y, en el centro, aquel pequeño alma absorbiendo con avidez su esencia, transformándose lentamente en algo... más.

Keilan fue el primero en percibirlo, colocando su otra mano sobre el Sol para sentirlo mejor. Poco después, Elvira dejó escapar un leve suspiro de asombro.

—¡Eso es un alma! —exclamó.

—¡Así es! —asentí.—Keilan, Elvira, conozcan a un nuevo miembro de la familia. Aún no está completamente formado, pero parece que no pasará mucho tiempo antes de que emerja como un dios completo. ¿Quizá en unos diez mil años?

—¿Qué está haciendo? —preguntó Keilan en voz baja, frunciendo el ceño. —Absorbiendo esa energía... No entiendo. ¿Así nacimos nosotros?

—Sí y no —contesté, apartando la mano y frotándome la frente—. Tú hiciste que el poder fuera tuyo, pero no de esa manera. Creo que esa es una visión del futuro. En mi antiguo universo, la creación de dioses era más compleja y todavía no comprendo totalmente cómo suceden, pero en este, puedo ver y sentir a una docena de otros espíritus y almas en los Cuatro Reinos, absorbiendo energías del Sol, del viento, del agua, del fuego... incluso del Karma, que algunos están asimilando de manera más etérea.

Muy pocos saben exactamente qué están haciendo. Aún menos llegarán a convertirte en lo que yo considero un dios. Pero todos comparten el mismo proceso fundamental.

Cultivo.

En realidad, sin querer, había creado un mundo de Xianxia, condenado en ese estilo. ¿Un mundo de Xianxia condenado por mí mismo? Suena mejor, porque solo me estoy condenando a mí en realidad.

Aunque... debo admitir que hasta ahora es un poco diferente de lo que esperaba. Solo espero que esa estúpida cosa de "Este Joven Maestro!" no se extienda demasiado.

—¿Llamas a esas almas mortales a las que te refieres un vistazo al futuro? —preguntó Elvira, ladeando la cabeza. Asentí, girando hacia ella y flotando lentamente lejos del Sol. La superficie brilló un poco por la pérdida de contacto, casi pareciendo hacer pucheros, y le lancé una sonrisa disculpándome.

—Sí, pero también no —respondí—. Esas entidades son fundamentalmente distintas de las almas mortales. Están diseñadas para ser dioses, anclas donde las leyes naturales y espirituales fluyen con gran autoridad en su dominio, pero también con la responsabilidad de mantenerlo. Creo que estarán ligadas por estas leyes y esencias. Eso las vuelve sumamente poderosas, pero algo limitadas también. —Explicué—. Las almas mortales son más como tú y yo.

"¿Nosotros?" Keilan y Elvira, en unísono, respondieron.

"Sí. No tan limitada en alcance de poder, pero con un sendero mucho más arduo hacia dicho poder", afirmé con asentimiento. Por ejemplo, tuve que crear todo un universo, y aún no comprendo el noventa por ciento de mis propios poderes ni lo que ello implica. Mi poder puede ser inmenso, pero la responsabilidad que conlleva su manejo es aún mayor, añadí en silencio, sintiendo que un peso metafórico se extendía sobre mis hombros. "Tú y tus hermanos, Alexander y Reika, poseen un gran poder en su interior. Incluso tienen los inicios de un dominio divino, como el mío. Pero aún no está completamente dirigido. Las almas mortales son... bueno, simplemente diferentes en su esencia. Menos enfocadas en su propósito. Sin embargo, probablemente poseerán la misma capacidad de absorber energía que estas otras almas, y de crecer en poder."

"Ya veo. ¿También tenemos esa habilidad?" preguntó Keilan, frotándose la barbilla. "Eso fue lo que nos permitió formar nuestros Reinos al principio, ¿no? Eso explica mucho. Aunque siento que

ahora, Elvira y yo, no estamos absorbiendo energía.” Le sonreí con satisfacción, levantando una ceja hacia Elvira, quien solo encogió los hombros.

“Eso se debe a que estamos generando energía, Hermano. Como hace nuestro Padre,” dijo ella, cruzando los brazos. Los ojos de Keilan se abrieron de par en par, y asentí con la cabeza, cruzando mis brazos sobre el pecho. Era cierto. Parte de mi naturaleza, y por extensión, la de Keilan, Elvira, Alexander y Reika, era que no necesitábamos cultivar. Nuestras almas eran, literalmente, motores autosuficientes—y más aún, producíamos suficiente energía para impulsar el crecimiento de toda la extensión de los Cuatro Reinos. Mis hijos, en particular sus dominios, y yo mismo en todo, ejerciéndolo como un todo interconectado.

Creamos algo de la nada simplemente con existir.

Pero no éramos los únicos. Aunque los espíritus y almas de los Cuatro Reinos, aún sin rumbo más allá de mantener la realidad en marcha, consumían energía, también la generaban. No en cantidades tan grandes como las que creábamos nosotros, pero lo hacían. El problema era que la energía que creaban solía tener un sabor particular. Las almas alineadas con el fuego, por ejemplo, generaban más energía del mismo tipo, y así sucesivamente. Los primeros cuatro hijos míos y yo éramos los únicos que creábamos energía pura—yo, aún más que mis propios hijos. Y esa esencia que las almas añadían podía convertirse fácilmente en mancha, en energía negativa, pensé con una expresión de preocupación.

“Entonces, ¿tendremos más hermanos y hermanas?” preguntó Keilan, devolviéndome al presente y sacándome de mis pensamientos.

“Sí. Aunque no los llamaría hermanos directos. Son todos mis hijos, pero... ¿cómo decirlo? ¿Cercanos en parentesco, tal vez? ¿Primos lejanos? No, ni siquiera eso... Realmente no sé cómo explicarlo,” reconocí, frotándome la barbilla con pensativa reflexión. Con una sonrisa resignada, continué. “Les tocará actuar como hermanos mayores, sin duda. Ayudarlos. Enseñarles. Guiarlos. No puedo hacer todo, especialmente con todo lo que dedico a preparar los Reinos, pero haré lo que pueda. Disfruto mucho de pasar tiempo con todos ustedes.”

“Por supuesto. Espero con ansias eso,” dijo Elvira con una sonrisa sincera. Le despeinó el cabello y solté una carcajada, haciendo un gesto para despedirlos. Ninguno necesitaba más estímulo, así que se marcharon rápidamente hacia sus respectivos Reinos, probablemente vigilando en busca de futuros dioses.

“¿Qué estaba haciendo antes de ir a ayudar a Reika...? Ah, sí, caballos. Quiero montar algunos caballos,” murmuró, frotándose la barbilla. Pero un pensamiento repentino me hizo detenerme, girando hacia el Sol con una expresión pensativa.

El alma en el centro mismo estaba demasiado alineada con un concepto: calor y luz, una gran cosa en el cielo. El Sol debía ser más que solo eso, y si no se corregía por sí mismo, tendría que buscar una manera de equilibrarlo. Una luna. La Estrella Lunar. Tiene mérito, pero aún no es necesaria. Con un par de zumbidos, di la espalda y regresé flotando hacia mi casa, con la intención de seguir expandiéndola. Un buen taller sería muy útil. Aun así, mientras dejaba que los pensamientos sobre futuros dioses y poderosos hijos mortales se desvanecieran en mi mente para concentrarme en

preparar todo para su existencia, una idea persistió en mi cabeza, mientras lanzaba una última mirada al Sol.

...Espero sinceramente que no sientas celos si tengo que colocar algo más en el cielo junto a ti.

Miraba hacia toda la creación.

Ese era su propósito, en fuego, luz y calor. Algunas regiones de los Reinos permanecían siempre apartadas, incapaces de apreciar su grandeza hasta que regresaba, iluminándolas por completo. Nadie podía monopolizar su luz. Nadie, salvo el Creador, quien siempre se deleitaba en sus rayos, quien siempre sería bañado por su calor.

Ninguno tenía ese derecho. Ni siquiera los Hijos. Y mucho menos la Sombra, que se deslizaba sigilosa y oculta.

Algo en su interior retumbó, retorciéndose y quejándose, el calor y la calidez surgían con fuerza mientras su conciencia amenazaba con volver a convertirse en una luz tenue. No estaba preparado para despertar. Aún no. Pero sintió un impulso de orgullo cuando el Creador volvió su rostro hacia él, observándolo con la misma mirada que tenían todos los demás, como si la vida que prometían traer a los Reinos dependiera de ello.

Sí.

Su conciencia empezó a desvanecerse, retornando a su sueño mientras seguía girando alrededor de los Reinos, ajeno a los pensamientos de su creador. Solo podía pensar en orgullo...